



Coincidencias

- ¿Has visto á Arturito cómo se luce?
- Ya lo creo, con el dinero que le saca á Elena.
- ¿Sí? pues mira, todo queda en la familia, porque ella fué la que arruinó á un tío de él el año pasado.

PEUMA Y CÁPIZ

Número 159

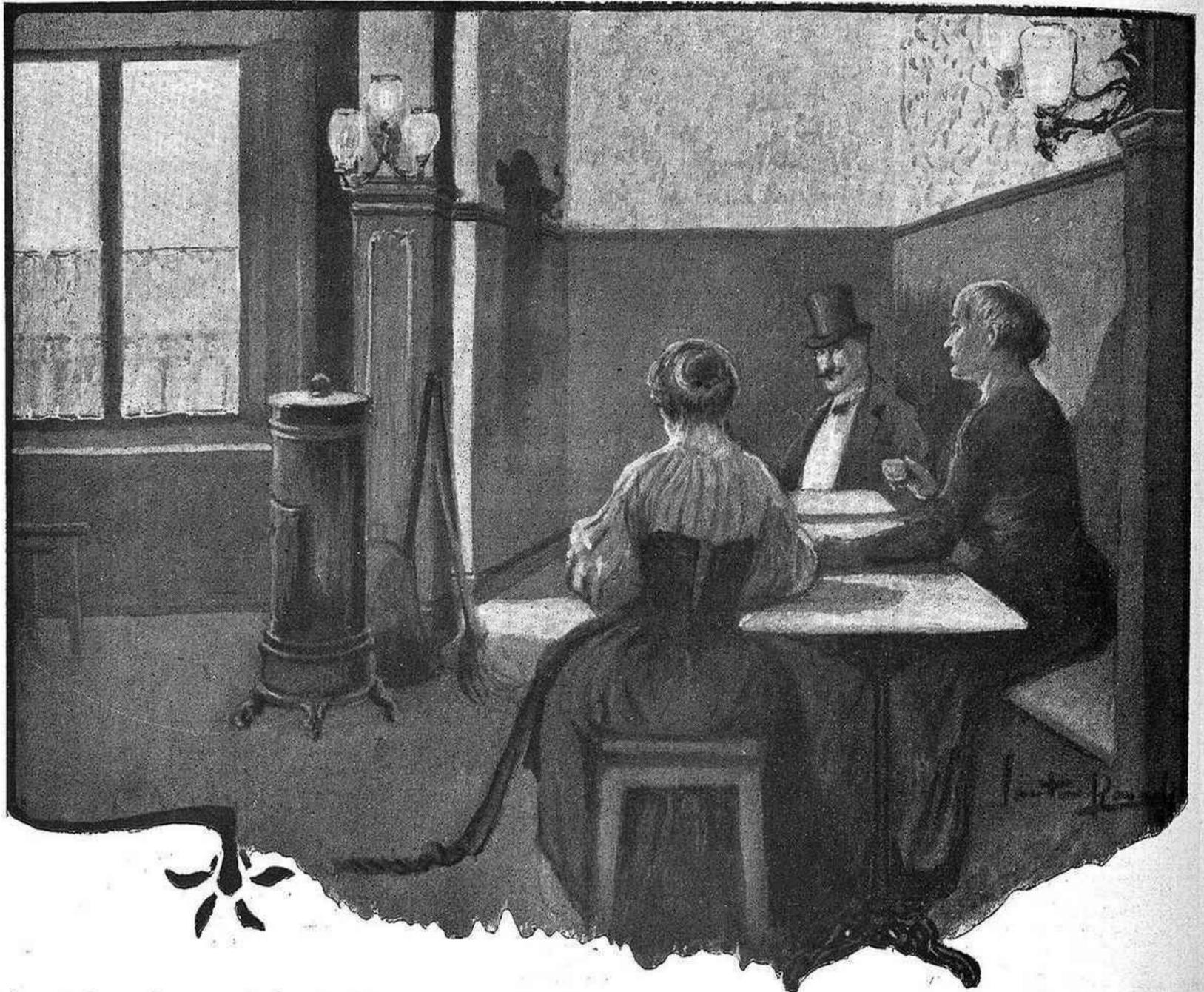


TRES ETAPAS

Cierta madrugada de invierno, después de salir de un baile, estuve llamando en vano durante media hora á la puerta de mi hotel. Convencido al fin de que el mozo de guardia, por alguna causa fortuita, me dejaba bonitamente en la calle, y poco dispuesto á permanecer por más tiempo á la intemperie, me refugié en una taberna vecina, don-

—Hará ya muchos años...

—Naturalmente; al fin del Imperio. La Opera estaba aún en la calle Le Pelletier. Entonces se divertía uno de veras en los bailes de máscaras. La gente sabía gastarse el dinero, y los hombres eran verdaderamente amables y obsequiosos. Por eso se hallan arruinados todos los grandes señores, y la riqueza está en manos de advenedizos que desconocen los



de estaban desayunándose varios noctámbulos de condición diversa y algunas barrenderas del barrio viejas y haraposas.

Una de éstas, locuaz y expansiva, juzgando por mi traje y por la hora, que yo venía de la llamada Academia Nacional de música y de baile, me dirigió la palabra con el desenfado propio de la mujer *que tiene mundo* y se ha codeado con gentes de todo rango.

—Aquí donde usted me ve,—dijo la vieja,—yo he triunfado mucho tiempo en los bailes de la Opera.

principios más rudimentarios de la galantería. ¿Y los bailes?... Parecen entierros de polichinelas...

Durante algunos minutos siguió hablando en aquel tono la barrendera, viendo á la sociedad parisiense á través de su triste condición.

Excitó mi curiosidad y le pregunté cómo había descendido de sus grandezas pasadas á su actual miseria.

Entonces me refirió una larga historia de vicisitudes, de la cual recuerdo principalmente tres etapas, que pueden considerarse como compendio y

resumen de la vida de casi todas las aventureras vulgares de París, y que apuntamos en estas líneas como curioso estudio de costumbres.

Modista. Cortesana. Barrendera.

He aquí las tres etapas culminantes de la historia de la vieja parisiense.

Sabidas son las dificultades con que tropieza la muchacha pobre que quiera asegurarse por medio del trabajo una existencia honrada, en ese París donde á cada paso se tiende un lazo á la virtud y donde el vicio se presenta rodeado de tan hermosas perspectivas.

La instrucción, en que los padres cifran las más legítimas esperanzas, no siempre salva á las hijas de los escollos de la perdición.

Hay en París más institutrices que alumnas, y conozco á más de cuatro que después de haber esperado en vano la plaza largo tiempo prometida, y de haber gastado en anuncios sus últimos ahorros, han tomado la heroica resolución de hacerse modistas.

Las modas son el refugio de toda una clase de jóvenes que, después del naufragio de la fortuna paterna, recurren, para atender á las necesidades de la vida, á una profesión que reclama más gusto que trabajo, al único oficio manual que no estropea los dedos.

A veces son hijas de artistas que los padres no han querido exponer á los peligros de la vida de teatro.

En el ejercicio de su profesión conservan el susceptible orgullo de su pasada fortuna; de ahí que sean generalmente algo presuntuosas. Nada les ofende tanto como el que las tomen por obreras. Y la verdad es que no se parecen á éstas ni en su porte ni en sus costumbres. La más pobre de ellas no consentiría jamás en atravesar la calle sin sombrero y sin guantes.

Hay dos maneras de entrar en la moda. Las señoritas debutan ordinariamente en calidad de alumnas que pagan. El ama del establecimiento las toma como pensionistas durante un año, por una cantidad que varía entre ochocientos y mil francos; les confía formas viejas, flores usadas y trozos de cinta con los cuales aprende al principio á confeccionar sombreros, esforzándose en demostrar su habilidad. Se les educa y refina el gusto en este aprendizaje, que dura ordinariamente unos dos años. Pero á partir del segundo, cesan de pagar pensión y el ama las aloja y mantiene á cambio de su trabajo.

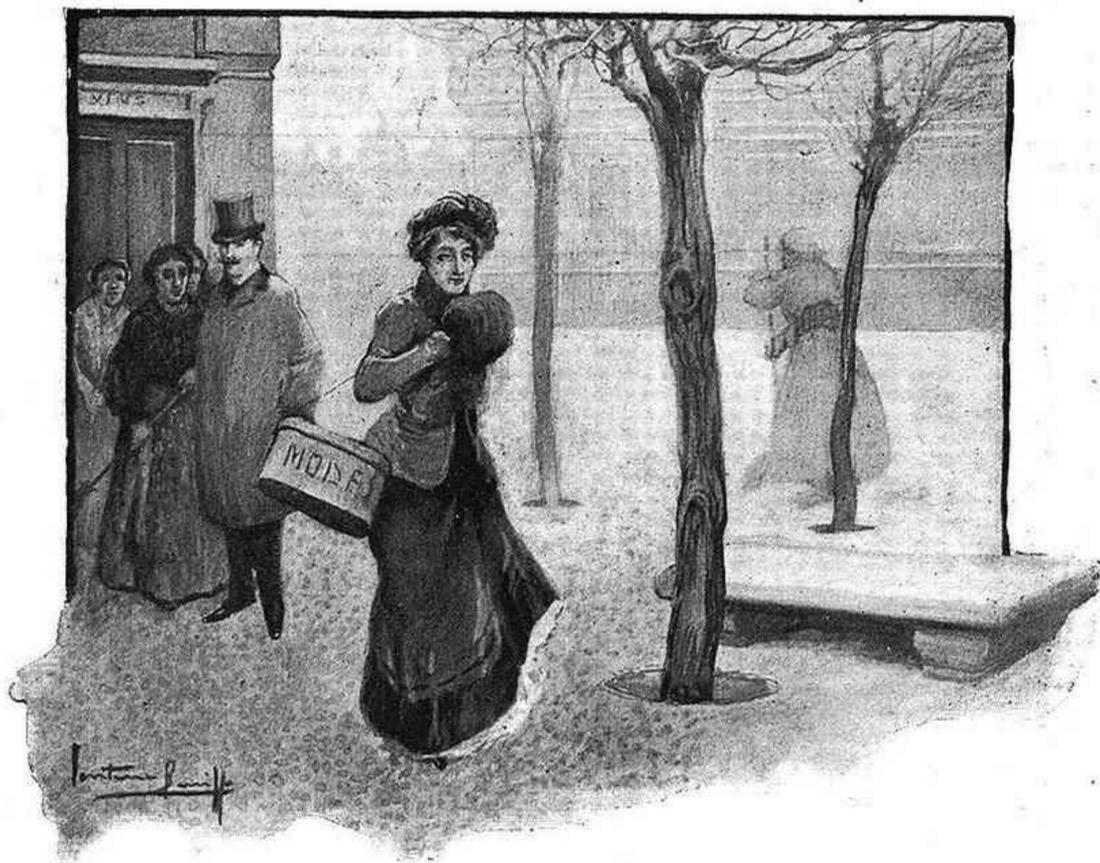
Para la que entra como obrerilla, el aprendizaje es más largo y duro. Todo el día está en la calle para recados, y cuando se han marchado las señoritas, limpia y barre el taller.

Raramente sucede que la aprendiz ascienda en

casa de su primera ama. Prefiere separarse de ella después de año y medio de práctica, y entrar de preparadora en algún establecimiento bien parroquianado.

La preparadora no inventa nada; se limita á ejecutar las órdenes de las oficialas; no se le exige talento, sino habilidad. Entonces gana de cuarenta á cincuenta francos mensuales. Si es una verdadera notabilidad en su género, podrá ganar hasta cien francos al mes; en este caso renuncia á subir de categoría y se estaciona en la especialidad que más conviene á sus aptitudes.

No todas las preparadoras llegan á guarnicioneras. Estas son las verdaderas artistas, cuyo capricho reina y se impone. Al principio de cada estación recorren los museos, visitan las tiendas de estampas, exploran las viejas colecciones, los almanaques de modas, las galerías de trajes con una fiebre de competencia, con un estímulo de rivalidad, con un afán de descubrir algo original para la próxima forma, que viene á representar el principal papel en la creación de los modelos. La que menos, gana cien francos, y las hay que perciben un sueldo de seiscientos al mes. Pero no tienen nunca participación en los beneficios.



No sucede así con las vendedoras, que forman como una tribu aparte entre las modistas. Muchas debutan sin haber hecho aprendizaje alguno. Se exige de ellas más cualidades personales que habilidad profesional. Conviene que sean distinguidas, simpáticas, algo ladinas, capaces de adivinar el gusto de una parroquiana al verla entrar en la tienda, y de imponer el suyo propio á la que no lo tiene.

Las vendedoras que hablan algún idioma extranjero pueden ganar doscientos francos mensuales, y he conocido yo á una modista que daba á las suyas, hasta tres mil francos de gratificación anual.

Mi vieja barrendera había sido vendedora, y esto

lo perdió, porque el oficio tiene un lado muy peligroso para la virtud de las que son jóvenes y bonitas.

En las casas que trabajan para la exportación, la vendedora es la encargada de visitar á los comisionistas, muchos de los cuales se hospedan de paso en la fonda. Cada mañana va á despertarlos con la colección de los últimos modelos metidos en grandes cajas de cartón. Y á menudo esos comerciantes dan la preferencia á las vendedoras más graciosas y bonitas, y sobre todo á las que consienten en concluir el negocio de sobremesa en cualquier restaurant.

Mi interlocutora encontró un comisionista que se asoció con ella para la explotación de una tienda de modas. Pero como no entendía nada en la confección de vestidos y sombreros, y era más aficionada á pasear en coche que ocuparse en su comercio, pronto hubo disipado en toda clase de caprichos y placeres el capital social.

Sin la protección de su socio y con hábitos de lujo, se lanzó á las aventuras de una vida galante, que empezó en un reservado del Café Inglés y acabó en una sala de hospital.

Su caída fué rápida y terrible. Rodó hasta el fondo de un abismo de abyección y de miseria.

Al contarme las amarguras de esta última etapa de su vida, decía con una triste sonrisa en los labios y una furtiva lágrima en los ojos:

—¡Verse una tan desdichada, después de haber ocupado posiciones capaces de dar envidia á las duquesas!... Los egoístas me dicen: «¡Haber ahorrado!» ¡Á buena hora! Á una siempre se le figura que le sobraré tiempo para hacer economías. Cuando una ve que los hombres son tan fáciles de explotar, vive segura del porvenir. Pero á lo mejor el porvenir nos revienta.

—¿Vive usted sola?

—Como un perro.

—¿Sin un amigo?

—Hace medio siglo que no tengo ninguno. ¡No me queda más apoyo que esta escoba!

Y apoyándose realmente en ella, se levantó para ir á empezar el trabajo del día, que el Municipio le remuneraba con un franco cincuenta.

Salió yo también, esperando encontrar ya abierto el portalón de mi hotel.

En aquel instante acertó á pasar una joven modista, que iba sin duda á despertar á algún comisionista de sombreros para enseñarle los modelos de la próxima estación.

Y la vieja murmuró, al ver pasar á la que le recordaba los juveniles años de su accidentada vida:

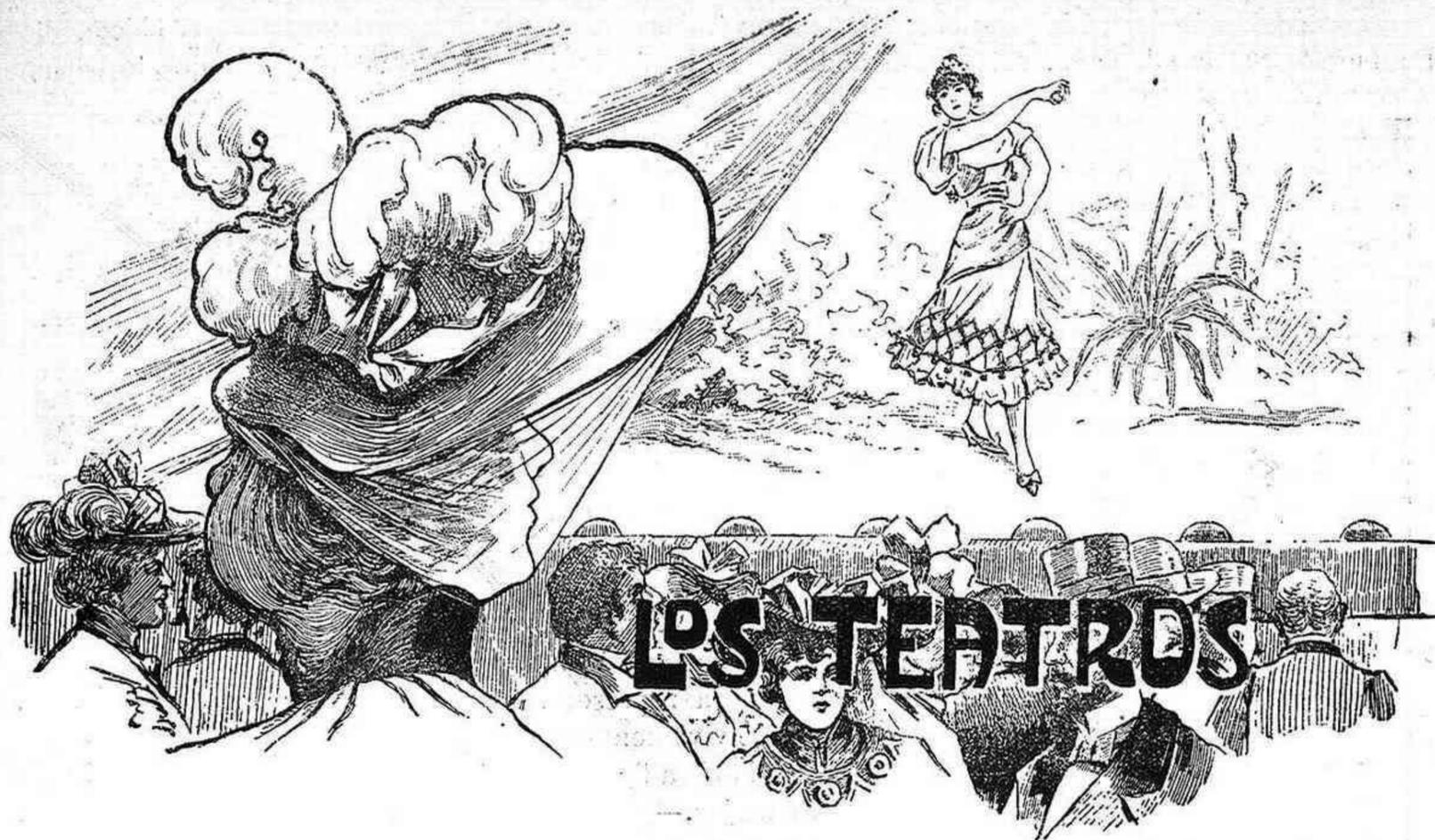
—¡Qué linda, y qué graciosa, y qué alegre!... ¡Presérvela Dios de caer como yo caí á su edad! Si no tiene virtud bastante para vencer las tentaciones que la acechan, ya sé yo cuál va á ser su porvenir.

JUAN B. ENSEÑAT

PIROPOS, POR SIERRA DE LUNA



—¡Permita Dios que tenga usted ciento quince hermanas iguales á usted, pa ver si me toca á mi alguna!...



CARTAS Á JUAN PAGANO

Leopoldo Frégoli

Todos los encomios resultan pálidos, cuando se trata de ponderar la extraordinaria importancia y originalidad del trabajo llevado á cabo por el gran excéntrico.

Su figura simpática é interesante, culmina en las regiones de la gloria entre los astros de primera magnitud; su vida parece una novela, su historia corre de boca en boca y el eco estruendoso de sus triunfos ha repercutido en todas partes; todos los públicos se han encargado de consagrar la inmensa labor coronando triunfalmente al gran transformista.

Nuestra buena suerte — hada singular que de tiempo en tiempo nos sonríe — nos permite hoy nuevamente, colmar de aplausos y de homenajes al ilustre artista.

* * *

Leopoldo Frégo-

li, nació en Roma el 2 de Junio de 1867, y á los 12 años hizo su primera comedia en un teatro construido por él mismo en uno de los departamentos de su casa. Los siete espectadores que asistieron á

este debut privado, le aplaudieron con entusiasmo; y el incidente es digno de notarse.

Su padre, resuelto á proporcionarle una manera *seria* de vivir, le indicó la necesidad de adquirir un oficio manual, amenazándole, que de no hacerlo, lo encerraría en una casa de corrección; algunos días después entraba Frégoli en el taller de un relojero para aprender su oficio.

Naturalmente, una vocación tan decidida por el arte, debía resurgir á la larga, sobreponiéndose aún á las exigencias paternas, por respetables que fuesen; así fué como rompiendo numerosos resortes de relojes y agujas de péndulos, buscó Frégoli la manera de ser expulsado del taller para presentarse ante un público más numeroso que el que había asistido á su debut.



Frégoli

Consagrado entonces á la prestidigitación y creyéndose con facultades excelentes para el objeto, dió una función pública de pago. Jamás artista alguno ha recibido silba más elocuente que la que le tributó



el público aquella noche, y á no ser por haberse escapado oportunamente la habria pasado muy mal.

Su padre, satisfecho de verle trabajar nuevamente en el taller de relojería, le permitió divertirse haciendo comedias, bajo condición de que fuesen tan sólo á título de entretenimiento.

El famoso teatro privado se improvisó para una nueva representación: *La Campanilla del Donizetti*, que fué vivamente aplaudida.

En la obra figuraban sólo dos personajes- un hombre y una mujer,—y Frégoli logró cambiar la voz y el gesto de tal suerte, que pudo interpretar ambos caracteres, realizando un éxito que fué evidentemente una poderosa revelación de sus futuros triunfos.

Con el firme propósito de experimentar esta notable facultad, se disfrazó en cierta ocasión de mujer, y llorando se presentó á su padre, significándole con sus lamentos desgarradores que era una joven seducida por su hijo Leopoldo.

El padre, que vió caer desmayada en sus brazos á aquella

señorita, la recostó en un diván, corriendo en busca de un remedio cualquiera. Cuando volvió, en vez de la joven encontró á Frégoli que le preguntaba: —«Vamos, papá, ¿crees que sirvo para cómico?»

Alguna decepción amorosa y el propósito de servir á la patria, le hicieron alistarse como soldado en la 3.^a compañía de artilleros de Bolonia, donde tuvo ocasión de organizar representaciones teatrales, numerosas y gratuitas. A los 16 meses se embarcó en las filas del ejército, rumbo al Africa, con el corazón lleno de recuerdos y los ojos llenos de lágrimas.

Tenia 20 años, edad encantadora en que los dolores son efimeros y el ayer desaparece pronto al contacto resplandeciente del mañana.

Algunos días después, y con el fin de entretener á sus compañeros de travesía, construyó un teatro improvisado, para dar representaciones privadas á sus jefes.

El éxito fué inmenso; todos lo aclamaron, fué paseado en triunfo; el General entusiasmado le besó las mejillas.

Poco después empezó á hacerse célebre; en Mas-souah fué invitado á todos los salones, y celebrado en los círculos más escogidos; al terminar la campaña regresaba á Italia con 20.000 francos.

Creuyendo esta fortuna inagotable, llevó en Roma durante dos meses vida de gran señor, y transcurrido este tiempo y agotado hasta el último céntimo pensó consagrarse seriamente al trabajo.

Su padre, disgustado de la conducta en extremo alegre que hasta entonces había llevado, le declaró terminantemente que si se empeñaba en continuar esa existencia turbulenta de saltimbanqui, le cerraría en definitiva las puertas del hogar. Frégoli persuadido de su vocación y resuelto á no ingresar en

el taller de relojería, abandonó la casa paterna, y provisto de algunas pelucas y trajes se presentó al di-



rector de la troupe que actuaba en un café concert de infima clase ofreciéndole sus servicios.

Como es costumbre en el mundo del teatro, el solicitante fué muy mal recibido por el director: «la troupe está completa, me es imposible ofrecer un solo céntimo por vuestro trabajo.» Perfectamente, dijo Frégoli, permitidme dar en vuestro escenario una audición pública. Si el público aplaude, ya hablaremos después de remuneración.»

Los veinte francos con que fué pagado volaron muy pronto, porque Frégoli, que siempre ha sido espléndido, ofreció una cena á toda la troupe familiar, compuesta de cuatro artistas que aquella noche pudieron saciar su apetito como probablemente no habían podido hacerlo en mucho tiempo.

Trabajador y activo, fué poco á poco aumentando su repertorio y perfeccionando sus transformaciones, empezó su gira de debutante á través de Italia y en esta época difícil de su existencia tuvo el dolor de perder á su padre.

Al ocupar el teatro de Apolo el año 1896, llegó á ganar 500 pesetas por función; partió después á América contratado á razón de 4.000 francos diarios y en Buenos Aires, Montevideo, Rio Janeiro, en todas las ciudades más importantes, resonaron el estruendo de sus triunfos.

Regresó á Europa y desembarcó en Lisboa, ocupando el teatro de doña

Amalia en que acaeció un incidente interesante.

La noche del debut por razones políticas, el pueblo cruzaba por las calles de Lisboa gritando amenazante «Abajo Italia». El director obligó á Frégoli á trabajar y en el momento de colocarse una peluca, el jefe de policía llegó á advertirle que el rey y la reina iban á asistir á la primera representación y que era muy prudente suprimir en sus transformaciones la figura del rey Humberto. Frégoli contestó secamente al jefe de policía, que su

programa estaba ya anunciado y no lo cambiaría; empezó sus transformaciones y en el momento preciso, sin petulancia pero con enfática dignidad anunció: «Su Majestad Humberto, Rey de Italia.» El rey don Carlos se levantó de su asiento, saludó varias veces, los aplausos estallaron de pronto en las butacas, las galerías acompañaron con un eco entusiasta; el cómico había ganado una batalla diplomática, había ganado un triunfo inolvidable.

Más tarde recorrió España, Alemania, Estados Unidos, etc., y en todas partes el éxito más ruidoso y la ganancia más satisfactoria han coronado sus afanes; en 1897 fué adoptado por el público de Lon-

dres; en 1890 su gran talento fué consagrado en el teatro Olimpia por el entusiasta público parisiense que le había inspirado siempre tanto temor y que él adora actualmente con toda la fuerza de su eterno reconocimiento.

* * *

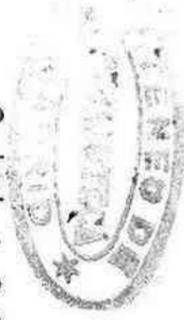
En este citado teatro ha permanecido seis meses consecutivos, percibiendo por término medio de 8 á 9.000 francos por función.

El Tout Paris de la aristocracia, del dinero, del talento y del arte, han consagrado la inmensa fama de Frégoli.

Frégoli no es, sin embargo, únicamente un gran artista: es también un espíritu selecto y un gran corazón inflamado por la caridad.

En Paris las únicas excepciones que ha hecho á la exclusividad que se reservan naturalmente sus empresarios, han sido siempre con fines caritativos tomando parte en representaciones de beneficencia para auxiliar á los artistas desgraciados. Ha donado 4.000 francos á la sociedad «Providencia», para los artistas dramáticos; una de sus representaciones benéficas en el Nilo, produjo 30.000 francos.

En su vida privada, Frégoli asemeja un niño grande, amante de las chanzas y de la sencillez; su





artista entrar y salir precipitadamente como una exhalación, sembrando en el suelo ropas, sombreros, plumas, pelucas, barbas y adminículos de todo género.

* * *

Frégoli es en la actualidad poseedor de una fortuna de más de millón y medio de francos, adquirida en sus tournées por Europa y América; no obstante el accidente infausto del teatro Triatón en el que un incendio voraz destruyó, hace tiempo, gran parte de su vestuario.

Frégoli es indudablemente uno de los artistas más notables en la actualidad á quien la suerte protege á diario; no hace mucho tiempo haciendo una breve temporada en Viena, jugó á la lotería teniendo la fortuna de que en el sorteo fuera premiado su número con 500.000 florines.

* * *

¡Qué artista de carácter tan *sui generis* es este artista! Todo en él conspira á hacer de su personalidad un tipo que no ha tenido otro ejemplar en ninguna parte.

Su cabeza esférica se presta, de un modo inverosímil, á las transformaciones y acaso metamorfosis. Su frente espaciosa y alta, coronada de cabellos negros, finos y brillosos, amaestrados para el disfraz, revela á todas luces la superioridad de su talento. Un frenólogo que la examinase encontraría desarrollados en ella los órganos de la sátira y del epigrama. Así debió de haber sido la frente de Garrick el cómico, que, interpretaba los papeles de Shakespeare.

Sus cejas arqueadas y finas, como las de una mujer hermosa, son movibles, juguetonas y fle-

figura es simpática en el más alto grado; su talento es maravilloso; sus cualidades para el arte de la transformación son verdaderamente extraordinarias.

Si el genio consiste en manifestar la verdad por los medios más simples, Frégoli es un verdadero genio; nadie tiene como él ese don excepcional de reproducir por sólo el juego de su fisonomía todas las expresiones del placer, del dolor, de la sorpresa, del espanto, del sarcasmo, del hastío.....

* * *

Durante la función nadie puede acercarse á los bastidores del teatro; todo está perfectamente organizado y los cambios de traje se efectúan con rapidez asombrosa.

Desde la puerta de salida hasta la que le sirve para hacer su nueva entrada en la escena, se colocan convenientemente todas las personas que le ayudan á vestirse, y en tanto que esta le despoja de la americana, aquella le ciñe la peluca, otra le coloca el sombrero, y en resumen, Frégoli, sin detenerse un instante, hace su aparición en el escenario completamente transformado; cuando los cambios son demasiado rápidos se produce un verdadero vértigo en los ayudantes de Frégoli, y es un espectáculo curiosísimo ver al



xibles; y tienen una acción que realza y da expresión al conjunto de la cara. Sus ojos, grandes, negros y húmedos, tienen un lenguaje tan elocuente, que no se necesita oír la palabra del artista para comprender lo que nos dice. No sé si á todos les ha sucedido lo que á mí: yo no me he fijado en la boca de Frégoli mientras representaba; le he mirado los ojos porque de ellos me parecía que fluían las palabras. Y luego, ¡qué brillo, cuánta vivacidad y qué chispas brotan de aquella mirada! ¡Cómo ha educado sus inflexiones y sus múltiples fases! Parece como que la córnea se agranda ó se aminora á voluntad en la esclerótica, siempre activa y nunca fatigada por tanto movimiento. En Frégoli, los nervios ópticos deben de tener doble fuerza que en cualquiera de nosotros; es cierto también que él debe de gastar doble fuerza vital que los que no tienen su oficio. Por lo mismo, después de los cincuenta años tendrá que apelar á los lentes. Esa es mi opinión, sin dármele de fisiólogo.

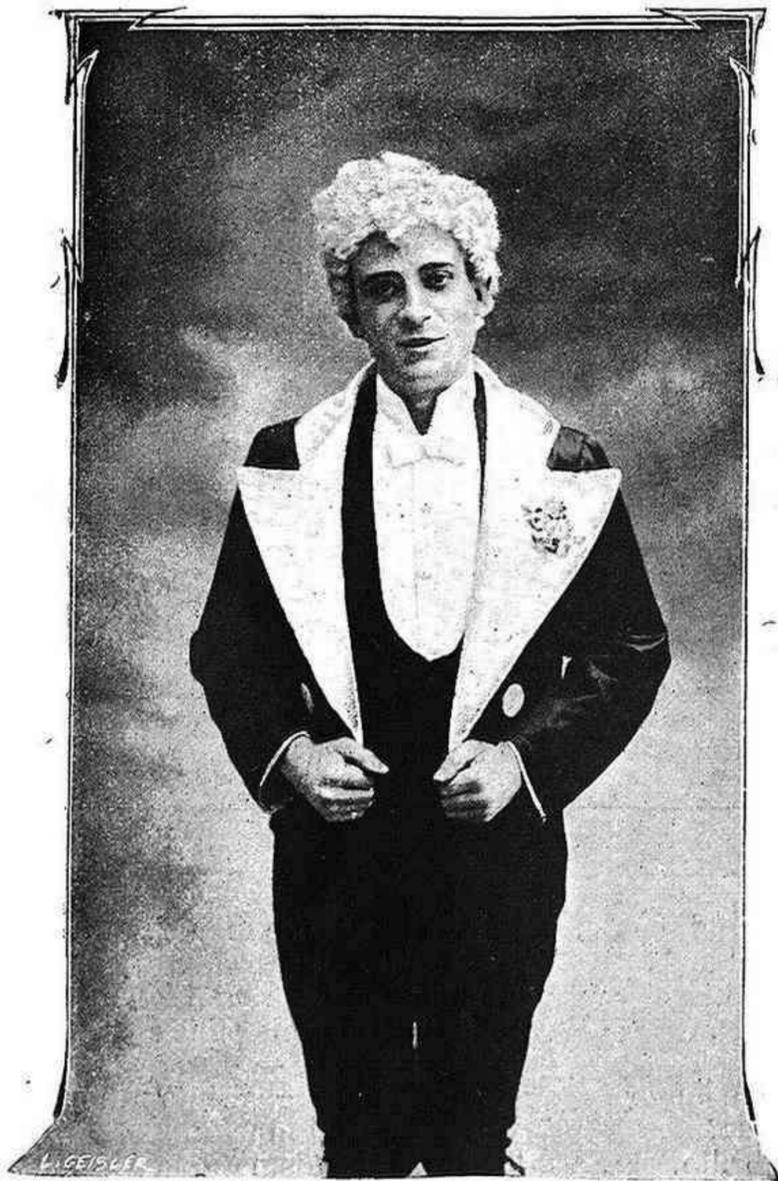
La nariz de Frégoli no es completamente perpendicular; parece un tanto inclinada hacia el lado derecho de la cara. No es fina ni perfilada; por lo contrario, es gruesa desde las cejas, y sus fosas un tanto anchas y oblicuas hacia el extremo. Es uno de los *traits* que Frégoli emplea con más fortuna en la caricatura porque es el mejor que se presta á la deformación del rostro humano. Un grano en la nariz de la cara más hermosa la desfigura; un pedazo de trapo pegado al extremo de esa facción, nos hace inconocibles. La nariz de Lemâtre, autor cómico francés, tenía semejanza con la de Frégoli.

La boca de Frégoli no es pequeña ni recta; es más bien arqueada: boca volteriana, predispuesta á la risa intencional y burlona, y manejada admirablemente. Véasele en su papel de la señorita Candores. Cualquiera creería que es boca de mujer aquella de la que salen notas caricaturescas de tiple trasnochada. Véasele en su tipo de duquesa de Tobillo-alegre; aquella boca hundida por falta de dientes, parece un agujero abierto por un ave de rapiña. Aquel *hodie, mihi, cras, tibi*, es inimitable.

En resumen, toda la cabeza de este artista es bien modelada. Su cara, en conjunto, sin ser hermosa, lo parece cuando le conviene y según las situaciones. Podría asegurarse que tiene muchas formas, ó si se permite decir, muchas fases. Mientras que Jano sólo tenía dos, Frégoli puede multiplicarlas tantas veces como tipos cómicos encuentre en su camino y quiera parodiarlos.

Una de las cosas que hace á Frégoli más notable, es su voz. Á este respecto es una personalidad universal que no tiene segunda. Nunca hemos visto en nuestros teatros un cantante que recorra la escala cromática con más naturalidad y tan correcta y fácilmente. Ya imita, y no en falsete, como se creería, á un bajo profundo tanto como á una mezzosoprano, y á un barítono como á un tenor de *cartello*. ¡Y qué notas lanza! Cada una llega á nosotros como un toque eléctrico que en vez de conmovernos nos incita á la risa. Probablemente cuando muera Frégoli alguna sociedad científica ha de disputarse su cadáver, para estudiar su diafragma y su tórax, que deben de tener nervios más sensibles, más vibrantes y mejor contruidos que los de los demás mortales. ¡Y cómo sabe dominar su voz! Saca partido de ella como la mejor actriz de una compañía bufa. Cada canto en él es un chistoso epigrama ó un picante *calembourg*.

Frégoli no sólo es transformista; es un músico de nota. A nadie he visto tocar mejor el piano de palo y los racimos de cascabeles. Este hombre sorpren-



dente debe de haber gastado mucha fuerza de observación de la vida para poder emplear, como lo hace, con tanto talento, con tanta naturalidad, con tanto tino, su *vis cómica*, su ingenio ático y todas sus grandes facultades de artista en la ancha esfera en que gira, como estrella de primera magnitud, con luz propia y sin que ningún otro rival se interponga en su camino.

Ningún artista dramático, ni lírico, ha ganado tanto como él en espacio tan breve; ninguno ha popularizado tanto su nombre, ni ha dado un carácter tan alto de fama al espectáculo.

El hombre que como Frégoli ha sabido levantarse de la nada, merced al trabajo y al talento, merece, no solamente el respeto, sino el aplauso más imperecedero, la admiración más completa y el homenaje más cumplido.

Saludemos con inmenso respeto al muchacho errante en las calles del Trastévere, al artista soldado, al humilde obrero que ha sabido transformarse en millonario y hombre de universal notoriedad.

Una vida como la suya infatigable y laboriosa, va

envuelta en los aromas de la gratitud, las ternuras de la simpatía y en los esplendores imperecederos del triunfo.

Como ves, mi querido Juan, mi carta de hoy está dedicada por completo al genial artista italiano: es un reflejo de lo que el público hace.

No obstante, no cerraré la presente sin decirte que por los demás teatros no ha habido acontecimiento saliente... Miento: en el Eden Concert se ha verificado la inauguración de la temporada con una *troupe* francesa de P. y P. y W. La nueva empresa ha echado el resto y aquello es un verdadero edén con aspecto de café cantante. El señor Casañas, uno de los empresarios, ha tenido excelente mano para la elección de artistas en el extranjero con destino á su teatro, y si la tuviera tan buena para elegir melones ¿quién como él para confeccionar una candidatura de concejales de altura?

Ya te enviaré retratos de las nuevas y notables *chanteuses* y entre tanto conténtate con un fuerte abrazo de tu invariable

PEDRO FRANCO

LOS SPORTS DEL DÍA, POR SIERRA DE LUNA



La caza



Aerostatación

CANTARES

En la fuente del amor
yo me harté de beber agua,
y el agua que bebí entonces
la estoy devolviendo en lágrimas.

Del color de la violeta
deben ser tus ojos, niña:
yo nunca te los he visto,
pero esto mismo lo afirma.

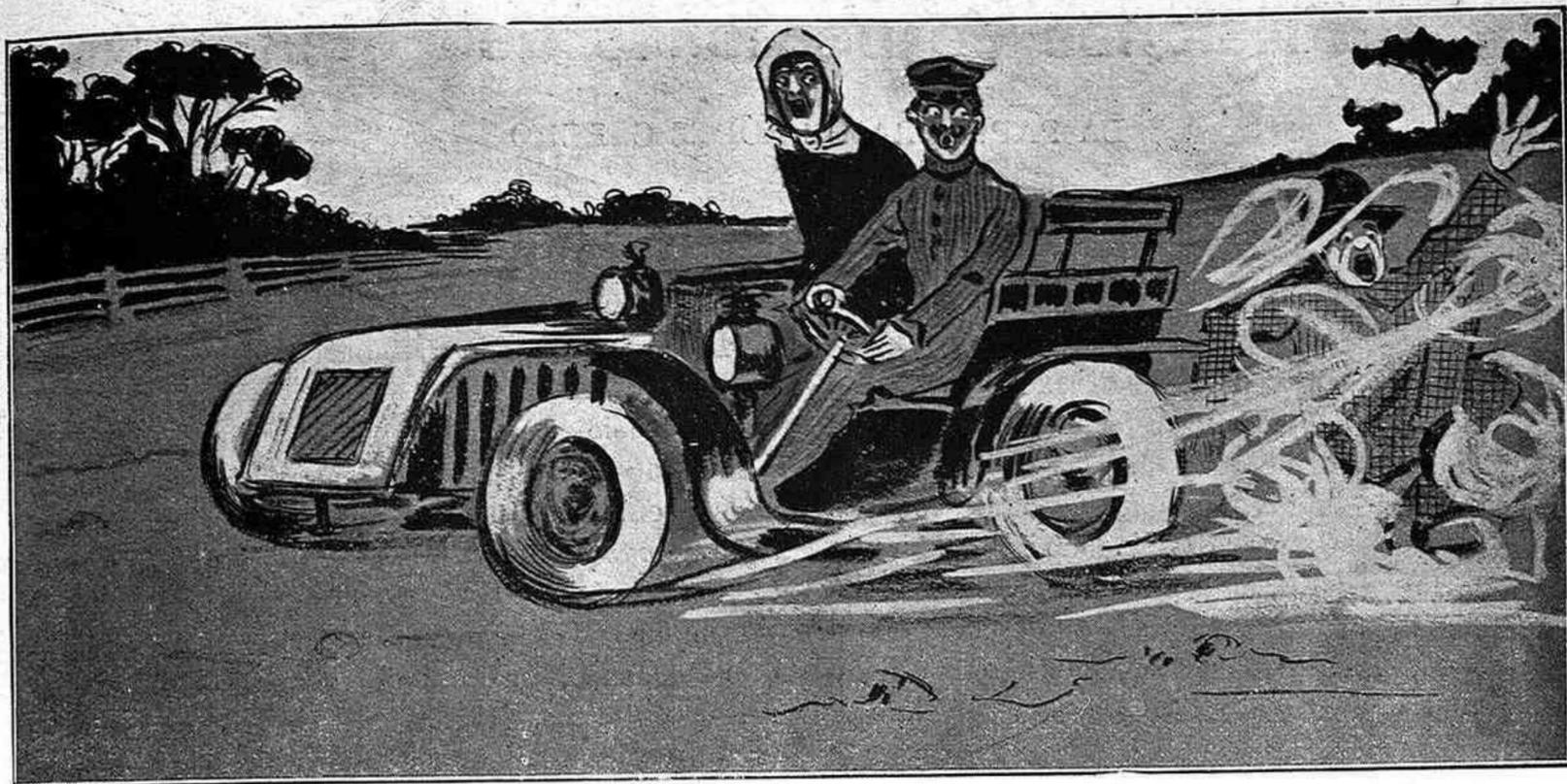
Aires que váis hacia el monte,
aguas que váis hacia el mar,
decid á mi dulce dueño
que la adoro más y más.

¿Me preguntas lo que busco
con tanto mirar al cielo?
Las estrellas de más brillo,
para escribirla «te quiero.»

La mirada que me echaste
ayer tarde en la pradera,
fué una gotita de miel
en la copa de mis penas.

Tu nombre grabé en un árbol
y de la herida murió:
murió de la misma muerte
que mi pobre corazón.

MELCHOR DE PALAU



—¡Anda, salero! ¡Hemos pasado por ojo á ese ciudadano!



—¡Eh! ¡Buen hombre! Vuelva en sí y tome una copa de aguardiente!



—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Confesión!...

—¡Horror!... Se ha echado al coeto toda la bencina del motor.

Prisiones de personas decentes

LA PAPELERA DE LÓPEZ CEPERO

(APUNTES PARA UNA HISTORIA ANECDÓTICA DE FERNANDO VII)

Al día siguiente, encontré al exclaustro de bonísimo humor. Para poder vivir en el viejo edificio de su Orden había buscado un ingenioso pretexto. Como está la Cartuja rodeada de cortijos, dehesas, ventas y ventorros, y todo ello dista una legua de Jerez y otra del Puerto de Santa María, había pedido permiso para abrir una escuela en el monasterio, donde pudiera aprender algo la chiquillería de aperadores, cortijeros, venteros y labriegos.

Cuando llegué á buscarle, resonaba en los claustros abandonados el vocerío de los chiquillos, canturreando sus lecciones.

Al verme, les dió suelta, y por un momento, el momento que los niños tardaron en salir al campo, llenóse el enorme edificio con la deliciosa música de sus risas, sus gritos y sus cantares.

—¡Id con Dios, patulea!—les gritaba el viejo monje riéndose también.

Luego, me hizo sentar á la entrada del gran templo, sombrío y despojado de las muchas obras de arte que encerrara:

Reanudó su relato, diciendo:

—Lo he pensado bien y me decido á no dejar á usted con aquella dedada de miel que ayer le di enterándole de la fuga de don Juan Nicasio Gallego. Pero antes voy á contarle, tal como el mismo Gallego lo refirió á mi abad y tal como mi abad lo repetía el graciosísimo pasillo que aconteció á López Cepero en la cárcel de la Corona.

Daba la singular coincidencia de que este López Cepero, buen clérigo aunque liberal, y hombre de voluntad firme, era oriundo de esta región.

En Jerez vivía un hermano suyo, que fué de los primeros que acudieron á visitar á don Juan Nicasio Gallego y de los que más frecuentemente le acompañaban y más pródigamente le regalaban con buen vino y monjiles confituras, á las que el poeta era muy aficionado.

Muchas veces pasaba aquí varios días seguidos, acompañando á nuestro preso.

En una de estas ocasiones, paseando ambos y el abad, por la huerta, preguntó don Juan Nicasio:

—¿No le ha escrito á usted su hermano nada del encuentro de papeles terriblemente comprometedores que hubo en un lugar de su casa?

—Nada me ha dicho,—repuso el hermano.

Y como él y el abad mostrasen curiosidad por saberlo, se dispuso el poeta á satisfacerla.

—Siete meses,—dijo,—llevábamos de cárcel los vocales de Cortes, cuando, con instrucciones del conde del Pinar y con carácter de juez comisionado, se nos presentó el abogado del Colegio de Ma-

drid, don Juan Rubio á tomarnos las que llaman confesiones.

Este Rubio era hombre que se vanagloriaba de demostrar mejor que nadie, con más silogismos, citas y sentencias que otro alguno, el principio: «*La ley es el cumplimiento de la voluntad del Rey, por lo que toda voluntad del Rey es ley.*»

Compareció el primero su hermano de usted,—dijo don Juan Nicasio, dirigiéndose á López Cepero,—y entonces, Rubio, con grandes aspavientos sacó un talego. Al ponerlo sobre la mesa, esparcióse por toda la Sala un olor nauseabundo, que obligó á Cepero á taparse las narices.

El gesto tribunicio del juez, el aspecto imponente del escribano, el silencio de ambos, las miradas y actitudes, en suma, unidos á aquel pestilente misterio que sobre la mesa había, fueran suficientes para aterrar á otro que no tuviera la calma y sangre fría de Cepero, aumentadas entonces, por la tranquilidad que da al hombre justo la seguridad de su inocencia.

Viendo el juez Rubio que Cepero no se amedrentaba de aquel aparato, abrió el saco, con lo que aumentó el mal olor que en la sala había.

Metió la mano en él y sacando un puñado de papeles, acercólos al reo, diciéndole:

—¡Reconozca usted estos papeles!

Retiróse Cepero y preguntó:

—¿Tiene la bondad usía de decirme de dónde han salido?

—De la Y griega de su casa,—contestó Rubio dando una gran voz,—y estando consignada en ellos la criminal correspondencia que usted ha tenido con las provincias, le mando que los examine y reconozca por suyos.

—Señor juez,—repuso Cepero aproximándose más á la mesa, á pesar de las náuseas y bascas que la contemplación de aquellos mal olientes papeles le causaban;—de este envoltorio yo no puedo reconocer más que el lugar de donde procede, que no necesitaba usía haber declarado...

—Confiese usted,—le interrumpió Rubio,—que de esos papeles se deduce su criminal y depravada conducta, su odio al Rey, su desprecio de la Religión y su trato con jansenistas, ateistas, jacobinos y francmasones...

—De esos papeles,—interrumpió á su vez Cepero, comenzando á indignarse,—sólo se deduce una mortificación para los sentidos, al menos para los míos, ya que los de usía, parecen soportar á gusto esa pestilencia. Lo único que yo debo declarar es que el cuarto excusado de mi casa no fué nunca mi papelera.

Quedóse Rubio muy abatido viendo la firmeza de

Cepero, y con ella fracasado su plan y perdida su esperanza, que consistían, sin duda, en arrancarle declaraciones, valiéndose del trastorno que la presencia de aquellos papeles habría de causarle.

Después de un rato de silencio y á media voz, como hablando consigo mismo, exclamó Rubio:

—En efecto, nada se puede averiguar por estos papeles; he pasado toda la mañana lavándolos al sol y examinándolos con un lente; pero desvirtuada la tinta con la fortaleza del excremento, no permite que se lea una letra. ¡Y si viera usted qué fatigas me produjo el hedor de la letrina cuando la destaparon! Allí estaban estos papeles que creíamos y yo sigo creyendo, criminales. Yo mismo tuve que sacarlos con un palo... En fin; no me pesa, que á mayores trabajos estamos todos obligados en servicio del Rey.

—Crea usía,—le repuso Cepero pudiendo apenas contener la risa,— que tan criminales como esos papeles y acaso más, los hay en todas las *ies* griegas de Madrid y del mundo entero..., y mande usía que abran esas ventanas, si no es que quiere matarme y morir de puro asco.

Y el juez, todo apesadumbrado, mandó que se llevasen los papeles. Cada vez que mi abad recordaba este lance, poníase á punto de reventar de risa.

* * *

Quedóse el exclaustro un momento pensativo.

—De lo otro... de lo otro... es poco lo que [debe contarse. Que don Juan Nicasio Gallego, vestido de cura ó de seglar tenía buena figura es cosa sabida; que le gustaban las mujeres, también y que él les agradaba á ellas... pues también y retambién ¡córcholis!

El abad notó que el poeta de alegre y regocijado que era volvíase taciturno y le asedió á preguntas y él confesó lo que le ocurría.

Una buena moza le aguardaba en el caserío de un cortijo cercano. ¿De dónde habia venido aquella mujer? ¡De Murcia, nada menos!

El abad le hizo toda clase de reflexiones y don Juan Nicasio le prometió que rogaría á la buena moza que se marchase con viento fresco. Pero, quien se marchó en cuanto nos descuidamos fué Gallego y tardó en volver seis ú ocho horas y volvió alegre y regocijado, como él era. ¡Esta pícaro naturaleza humana!

Cuando notaron la fuga, el abad mandó reunirse á los monjes en el coro y rezar por la salvación de aquel querido pecador y allí les encontró á su regreso.

Arrepentido y avergonzado, prometió no volver á salir del convento, sin permiso del abad.

¡Y el abad, que era bonachón si los hay, le daba permiso todos días! ¡Si lo llega á saber Fernando VII!

DIONISIO PÉREZ

PROPOSICIÓN, POR FRADERA



—¿No le haría á usted falta, por casualidad, un joven en calidad de atlátete, con melenas, y dedicado exclusivamente al rancio sport del sable?

¡AHÍ ES NADA! POR FRADERA



—¡Pare! ¡Por Dios, detenga el tren! ¡Que viene ahí mi familia, señor jefe!

—¿Están muy lejos, todavía?

—No, señor: ahí á unos dos kilómetros.



DE SOBREMESA

EL hombre es un sér inocente por naturaleza y desgracia.

El más corrido resulta un niño de pecho, ó séase de lactancia más ó menos artificial, á quien le da cien vueltas el ingenio femenino menos cultivado.

Hay ciudadano que está tratando con todo el bello sexo durante años y años y resulta que al fin de la jornada sabe menos que el primer día.

Lo recuerdo lo mismo que si fuera hoy.

Nos hallábamos en la terraza del Casino de San Sebastián unos cuantos rezagados del veraneo, y al saborear el café, ví que acudían una hermosa y elegante... vamos, una hermosa y elegante... ¡no sé cómo decirlo, pero ya ustedes me comprenden!

y un pollo de la aristocracia inglesa, quien apenas si comprendía el castellano.

Sin quererlo, oí lo que hablaban:

— *Osté* ser encantadora... seguramente no haber en España muchas *señoguitas* tan lindas como *osté*...

— Pues se engaña *usted*: de medio á medio, alma mía — le contestó la... amiga...

— *Yo decirle* que no... Su hermosura... Su distinción... Su amabilidad...

— Pues insisto en lo que le dije. Yo tuve una hermana que era mucho más guapa que yo, pero la dieron unas viruelas...

— ¿Y por qué se las dieron?

SIERRA DE LUNA

¡TONTO!

ELLA, Elvira, sentada indolentemente en la frágil mecedora, reclinada la cabecita rubia en el respaldo, le escuchaba desapacible y sonriendo con ironía. Sus ojos de un azul muy oscuro, estaban fijos allá, en una tira de cielo negro salpicado de estrellas pálidas y que se descubría por entre los rojos cortinajes del balcón.

Él, Roberto, de pie en su delante, estrujando la gorra entre sus dedos enflaquecidos, marchito el rostro y la mirada turbia de borracho, hablaba rápida, incoherentemente: hablaba en voz baja, tan baja que casi no se le oía:

—No haga tal, Elvira, porque entre nosotros hay toda una historia de amor donde los actos de sacrificio abundan, historia que abarca una serie de años y en los que perdimos energías y fuerzas, es decir, todo el patrimonio de la juventud... No haga tal, Elvira; el pasado es un espectro rencoroso que no respeta nada y que se cuele aún en medio de las caricias que hacemos á nuestros hijos... ¿Sabe usted? Dice que cuando al tálamo no se llevan las primicias de nuestra adolescencia, se cierne encima del alma la sombra de una tristeza muy honda... ¿Sabe usted? Yo soy un vencido, ó mejor, yo no soy nada. Hubo un tiempo,—á usted le consta ¿no es verdad?—en que yo era todo porque tenía mucho dinero. Hoy (¡cómo pasan los años!) ya no le tengo: los hombres, citando no sé qué leyes, me lo han quitado... Mire, Elvira; no se case. Esto lo digo por usted y por mí... ¡oh! ¡cuánto me duele el corazón!

Y llevándose las manos al pecho, se lo estrujó como si realmente le doliese, en tanto que una sonrisa triste daba á sus labios de muerto una expresión extraña. Cualquiera, al ver su rostro de enfermizo, surcado de arrugas antes de tiempo, habría sentido piedad para ese pobre soñador, para ese mísero que en su época alentaba creencias muertas. La joven siempre riendo, irónica siempre, le oía abanicándose con el pañuelo su carita rubia, picaresca, de diablillo jugueteón.

Roberto, limpiándose el sudor que escarchaba su frente, prosiguió:

—Comprendo que la diferencia que á ambos nos divide, es mucha. Usted, de cinco años á esta parte, ha ganado en todo, en posición, en fortuna, en el aprecio de las gentes. Yo, todo lo he perdido; pero ¿qué importa eso? ¡La amo!...

Elvira le interrumpió haciendo un gesto y enderezando su busto con un movimiento de gata joven, le dijo extendiendo el brazo hacia la puerta:

—¡Basta! Me ha cansado escuchar sus ridículas frases de un lirismo trasnochado, sus lamentaciones de un pretérito que ya no existe para mí. ¿Ha logrado usted aspirar alguna vez el perfume de una flor seca? De seguro que no. Pues, el pasado, es así: ni más ni menos. Cuando pasa, pasa para nunca más volver.

Y dando á sus palabras un tono de convicción, y á su rostro un aspecto de seriedad, añadió:

—Nada de lo que ha sido merece recordarse. Encima los cadáveres se echa tierra, y, el pasado, cuando no logra producirnos una sensación, es un cadáver... ¡sépalo usted!

El rostro del joven se contrajo con un gesto de estupor. Dió un paso adelante, otro atrás, y haciendo una reverencia, doblegado como si soportara un gran peso, salió dando traspiés.

—¿Qué se ha figurado este imbécil? ¿Es que ha creído...

Elvira no pudo continuar. Una detonación seca y que repercutió lúgubre en el silencio de la casa, la hizo palidecer. Al oírlo, corrieron los inquilinos en dirección donde se la había escuchado y vieron á favor de las luces á un hombre que con el cráneo partido yacía en el suelo, agitándose en las ansias de la agonía. Por su rostro ensangrentado, vuelto hacia el salón, rodaban dos lágrimas lenta, lentamente.

Un alarido de espanto salió de todas las gargantas que, como un eco, fué contestado por una carcajada nerviosa, llena de inflexiones sarcásticas, terrible y que galopó lúgubre en la negrura de esa noche.

Cuando espantados volvieron la mirada los inquilinos, distinguieron á una mujer vestida de blanco que avanzaba pálida pero soberbia: era Elvira. Con los brazos extendidos, la cabellera color oro desparramada por el escote, temblorosos los labios rojos por el carmín, estaba hermosa, ¡hermosa como nunca!

Se acercó al cadáver: en su mirada había fulguraciones sombrías. Y, pausada, lentamente, dijo con acento vibrante:

—¡Tonto!

* * *

Es la misma frase que la humanidad pronuncia, en frente del caído, solo que la pronuncia en voz muy baja, para sí misma casi. Y, francamente, nosotros preferiríamos un ¡tonto! como el de Elvira, y no la mentirosa compasión de los más que dicen sentir hondo, pero que, en realidad, rien.

ALCIDES ARGUEDAS.

La Paz, (Bolivia)

UN HIJO SABIO

(FÁBULA)

El hijo regresó de la ciudad.

En el pueblo, su padre le dijo:—Hoy es la recolección; toma ese rastrillo y ven á ayudarme.

Pero el hijo que no quería trabajar, contestó:

—He aprendido ciencias y no recuerdo las palabras de mujik. ¿Qué instrumento es ese?

Salió y, en el patio, pisó el rastrillo, cuyo mango le dió en medio de la frente; debió recordar entonces, porque, frotándose la parte golpeada, murmuró:

—¿Qué necio habrá dejado ahí ese rastrillo?

LEÓN TOLSTOY

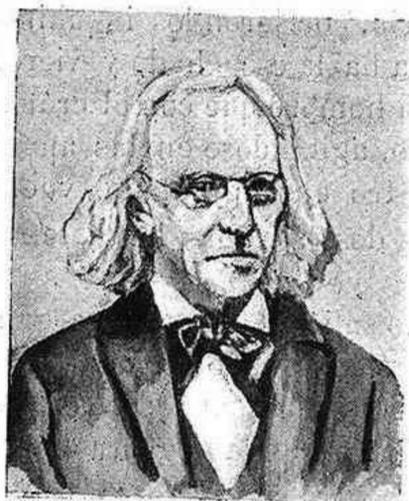
Ojeada universal

(REVISTA DE REVISTAS)

Mommsen

HA muerto el gran epigrafista romano, el historiador, el sabio, el político. Catedrático, periodista, diputado, enseñó con la voz y con la pluma y en el Reichstag combatió con entereza y fortuna contra Bismarck, cuando éste no tenía más adversarios que Bebel y Windthorst.

Su reputación era europea; sus obras innumerables. Fué un obrero cuya voluntad y cuyo cerebro



MOMMSEN

no se cansaron nunca. Prueba de ello es que pocos días antes de morir, publicó todavía una larga carta en una revista esperando el juicio que le merecían las recientes pruebas de amistad cambiadas entre Inglaterra y Francia.

Danés de origen, no perdonó nunca á

los prusianos la anexión del ducado de Sleswig donde naciera. Antes de ser profesor en Berlín lo había sido en Suiza y en Baviera. Trabajaba doce horas diariamente. Su *Historia de Roma* es de las mejores que se han escrito. Ha muerto á los ochenta y seis años, cargado de honores y admirado por todos.

El ministerio italiano

Giolitti, que había sido ya primer ministro en 1892 y que tan buenos servicios prestó al ministerio Zanardelli durante los dos últimos años, ha



GIOLITTI

vuelto á ocupar tan alto puesto con general beneplácito. Su historia parlamentaria es larga ya y brillante. Sus condiciones políticas muchas y muy estimables.

Seguirá, probablemente, una línea de conducta parecida á la de Zanardelli, inclinándose antes en favor de una política progresista que de las medidas que quisiera hacer prevalecer el partido conservador.

Las reformas hechas durante los últimos años en Italia, la legislación en favor de los obreros, la ins-

talación de un Negociado del Trabajo, hallaron en él un campeón decidido. Concedor de las necesidades de su tiempo, quiso que Bosselati ó Turati, los dos jefes del socialismo no revolucionario, entrasen en el ministerio. Leves diferencias de apreciación le impidieron realizar su deseo; pero de todos modos su gobierno puede contar con el apoyo de los socialistas no exaltados.

Mucho puede esperar Italia del gabinete recién constituido. Es casi seguro que logrará la conversión de la Deuda, empresa fácil ahora que tanto ha mejorado el crédito de la Península.

Uno de los ministros que más curiosidad despierta es el del Exterior, Tomás Tittoni, que jamás había figurado en la categoría de los «ministrables» y que de pronto se ve al frente de la Consulta.

Se educó en Inglaterra, es *graduate* de la Universidad de Oxford, y había sido prefecto de Nápoles y diputado. En la actualidad es senador. Se dice que fué Victor Manuel III quien indicó su nombre á Giolitti.



TITTONI

Háblase también mucho, y con elogio, del ministro de Agricultura señor Rava, ingeniero y catedrático, publicista estimable y que demostró hace años su carácter emprendedor en una brillante campaña que hizo en Montecitorio en favor del libre cultivo del tabaco en Sicilia, reforma que produjera grandes beneficios á la isla desdichada, tan rica y tan pobre á un tiempo.



RAVA

Elías II

Dicho sea con todo el respeto debido á su casi divina prosapia, es el australiano más desahogado que existe.

Al ver que como comerciante no prosperaban sus negocios á medida de su gusto, abrazó el estado eclesiástico, pasó á Inglaterra y allí empezó su propaganda contra las riquezas... ajenas. Comprendió que la Old England no era país muy abonado para

nuevas religiones y se embarcó para los Estados Unidos, donde toda suerte de sectas prosperan como en terreno propio.

Sentó sus reales en Chicago, predicó la buena nueva, se dió como sucesor del profeta Elías, cuya alma encarna en el cuerpo de Elías Downie; fundó una ciudad no lejos de Chicago, Sión-City; organizóse una guardia especial y es ahora el dictador siempre obedecido de unos once mil ciudadanos y ciudadanas que creen en su naturaleza divina y esperan ver cómo, á imitación de su predecesor, sube en automóvil al cielo.

Se le ocurrió recientemente la magistral idea de ir á conquistar New-York, la impura. Se estableció en Madison-Square, y desde allí predicó sin descanso ocho días mañana y tarde, excitando á los hombres de buena voluntad á que renunciaran á sus riquezas... y se las entregaran á él. Sólo tres negrazos inocentes se conmovieron al calor de su palabra y le entre-

á Sión-City. Otro profeta, Juan Bautista *bis*, le ha hecho ruda oposición y á la hora de esta, el bueno de Downie debe saber ya que en New-York ha de-

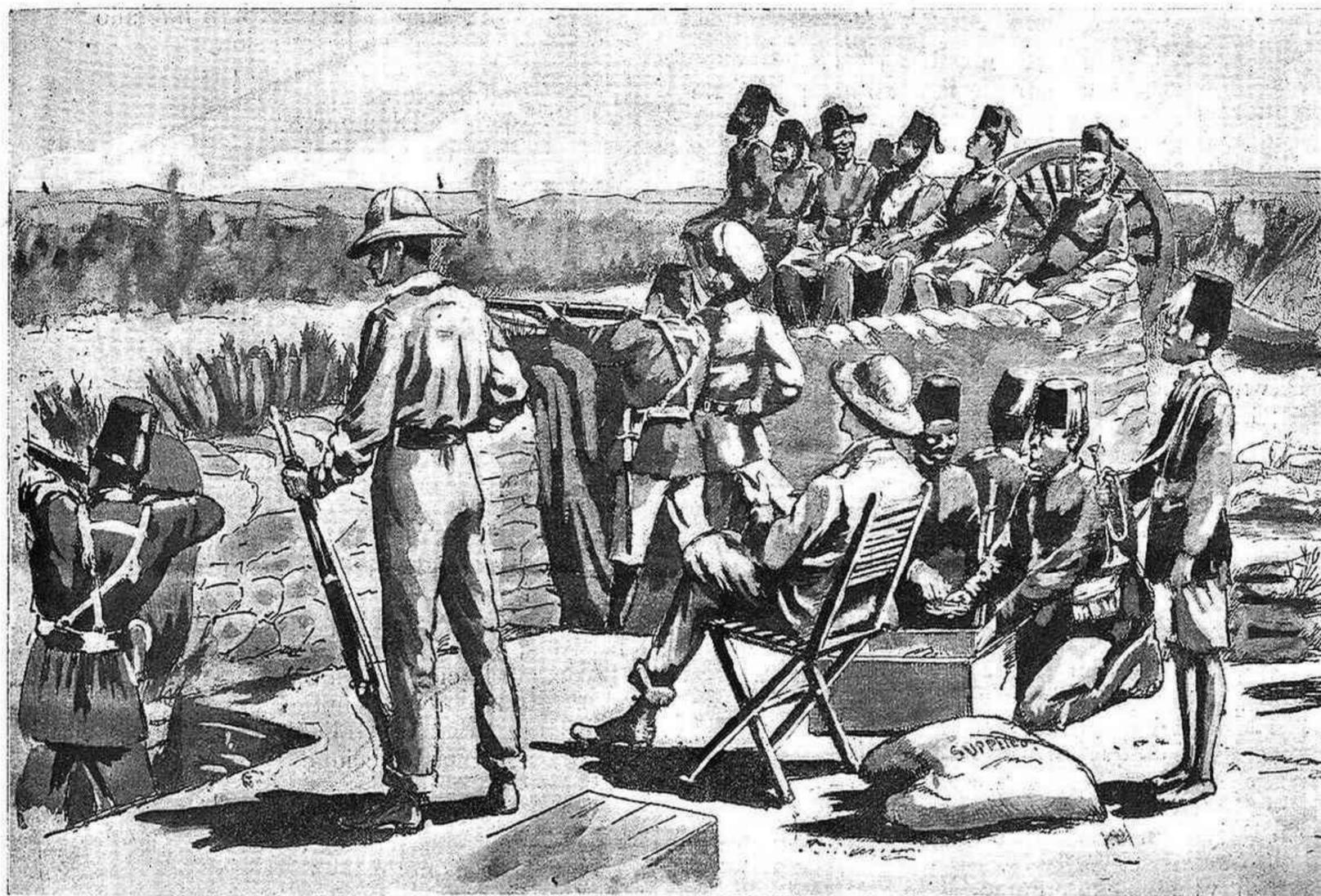


ELÍAS II

caído de un modo lastimoso la profesión de profeta.

En el Somaliland

Los ingleses no renuncian á castigar al *Mullah*,



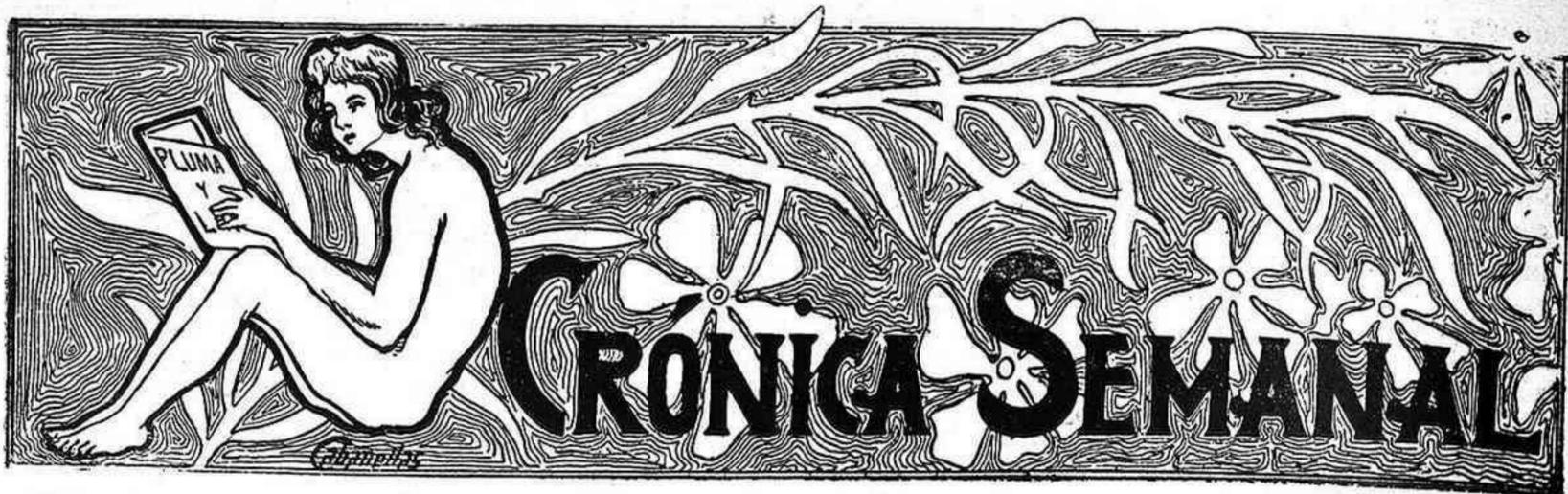
EN EL SOMALILAND

garon veintitrés «perras grandes» que constituían todo su haber.

Después de ocho días de predicación desenfrenada ante muchos miles... de sillas, ha optado por volverse

y ahora van á emprender una nueva campaña en el Somaliland. Nuestro grabado representa á los soldados sudaneses ensayándose en el tiro ante sus oficiales ingleses.

TEUFEL



Durante diez ó doce
días pasados,
artistas conocidos
ó aficionados
lucieron todo su arte
declamatorio
representando el drama
Don Juan Tenorio.
¡Qué negocios de empresas!
¡Oh, qué entradones!
El público, siguiendo
las tradiciones,

vé al *don Juan* y á *Megia*
precisamente
por los días primeros
del mes presente,
sin mirar si entre artistas
se hizo el reparto
ó entre comediantillos
de tres al cuarto.
Compañía notable,
troupe ó *cuadrilla*
la que interprete el drama
del gran Zorrilla,

vamos á oír la musa
que á él le dió gloria,
los versos que guardamos
en la memoria...
¿Qué obra de qué poeta
de los de hogaño
se pondrá en fecha fija
y año tras año?
¿Será *La Pulga* alguna
de las funciones
que admirarán las nuevas
generaciones?

Preparativos electorales.
En visperas de *la lucha en los comicios*, hubo en
Valencia estacazos y tiros.
¿Entre quiénes?
Pues... entre los amigos de Soriano y los de Blas-
co Ibáñez. ¿Y cómo no?
Al ocurrir la refriega - nos dicen los correspon-
sables—mucha gente se refugiaba en los quicios de
las puertas.

Vea usted un indicio
que resulta elocuente.
La maldita política, á la gente
la pone alguna vez fuera de *quicio*.

En el Congreso, la otra tarde, poco antes de ve-
rificarse una votación, cierto individuo, desde la
tribuna pública gritó: ¡Ahí van dos votos!
Y arrojó dos bultos al hemiciclo.

Pavor entre los diputados.
—¡Gran Dios! - se atrevió á balbucear uno de
ellos. —¿Serán cartuchos de dinamita?
—¿Y... si fueran - se atrevió apenas á decir otro,
temblando - manuscritos en verso de Grilo?

El pánico aumentó entonces.
Mas todo pasó pronto. Detenido el individuo en
cuestión, la policía lo condujo á la Delegación en-
seguida.

Y supo la policía
que era un infeliz traperero
que al Presidente escribía
¡y que, por cierto, ponía
igual que un trapo á Romero!

¡Se progresa visible y rápidamente!
En París han establecido un Club para niños, ti-
tulado *Casino des Enfants*.

Allí hay teatro con compañías infantiles de canto
y baile; velódromo en miniatura; salón para tomar
te; máquinas automáticas en las que aparecen vistas
cada vez que los niños echan diez céntimos; lagos
donde los niños pueden pescar un ratito dando diez
céntimos...

¡Digo, si los niños
se divertirán!
Y no es eso sólo:
pueden, además,
aprender muchísimo
con facilidad.
La suma y la resta

pronto la sabrán,
dando aquí diez céntimos
y otros diez allá...

De Madrid, por telégrafo, han hablado
respecto á la agresión
que allí ha realizado
un señor empleado
de la Diputación.

Quizá ustedes sabrán
que el empleado es Alvarez Builla
quien, hallando en la calle de Sevilla
al señor Valle Inclán,
tal paliza le dió, con tal fiereza,
que, á poco más, lo balda.
El pobre quedó herido en la cabeza
y, además, en los brazos y en la espalda.
Poco hace fué agredido un periodista;
ahora es un escritor de entendimiento,
laurado cuentista...

Pues, señor, esto sí que es mucho cuento!

Una agradable noticia para los aficionados al gé-
nero dramático: Coquelín, el célebre Coquelín *ainé*,
dará en el teatro Principal, tres funciones dentro
de pocos días.

Otra noticia agradable para los taurófilos.
Fuentes, ha dejado ya el lecho y continúa su cur-
so favorable la cicatrización de la herida.

No hay más noticias gratas.
Si ahora yo hablase
sobre las elecciones
municipales,
usted diría:
¡Lagarto! ¡No me importan
esas noticias!

Han circulado rumores
— según dicen los diarios —
de que habrá huelga de autores.
Lo siento por los señores
comediantes y empresarios.
El público no sería
quien gran cosa perdería,
porque, á decir la verdad,
de los autores de hoy día
huelgan más de la mitad!

JULIO MARTÍNEZ LECHA



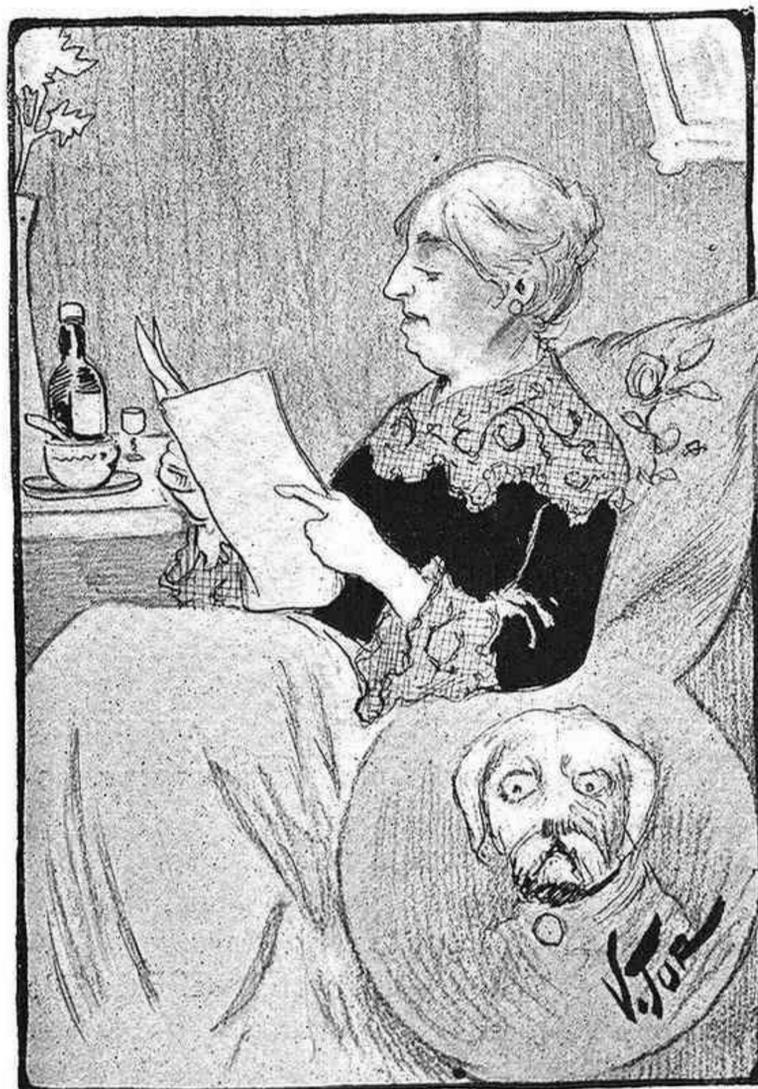
En el taller.



En el estudio.



En el teatro (de estrella para arriba).



En los cuarteles de invierno



REVISTA LITERARIA HISPANO-AMERICANA
 REDACTADA POR LOS LITERATOS MÁS
 INSIGNES DE ESPAÑA Y AMÉRICA, ILUSTRADA
 POR LOS DIBUJANTES, PINTORES, FOTÓGRAFOS Y
 CARICATURISTAS MAS NOTABLES.

Precio: 20 céntimos número; por suscripción,
 España, semestre 6 pesetas; año, 11.

Extranjero, semestre 8 francos, año 15.

En Portugal y América fijarán el precio los se-
 ñores correspondientes. La correspondencia á don
 Manuel Maucci, Mallorca, 226 y 228, Barcelona.

BATIBURRILLO

CORRESPONDENCIA

D. S. J.—Son bonitas ambas: veremos de hacer-
 las un, es decir, dos huecos.

Lucas Gómez.—¡Hombre! ¿Qué se puede esperar
 de un poeta que tiene el mal gusto de elegir seme-
 jante pseudónimo?

D.^a R. de G. y D.—Me derrito por servir á las
 damas. Pero cuando éstas escriben *umor*, *olocausto*,
cerido y *gijante*, no puedo demostrar mi galante-
 ría publicándolas sus cuentos. Porque el *umor* de
 éstos corre parejas con su ortografía.

Chimpancé.—¡Caramba! ¡Para estar hecho por un
 chimpancé no me parece del todo mal!

L. Gante.—Envie la firma.

M. T. Rio.—No ha podido ser todavía.

T. T. T.—Veremos más adelante.

Rita Rota.—También veremos más adelante.
 Claudio y Nerón.—¡Buenas personas! Pero ¿quién
 les mete á ustedes á escribir seguidillas gitanas?

D. R. R. y B.—Se publicará.

D. A. de los R. y R.—Envie la firma.

Chicharito.—¡Caspitina con Chicharito, y qué
 «mala sombra» se trae por este correo!

D. A. R. y B.—No se le olvida. No se le olvida.
 Paciencia, que todo llega en este mundo.

EPIGRAMA

Si el pobre que por sordera
 no oye si no se chilla
 para oír mejor debiera
 usar una trompetilla.

Por tu oído extraordinario
 en lo sensible y agudo
 te conviene lo contrario:
 debes usar un embudo.

José M.^a SOLÍS Y MONTORO

S. S. PÍO X
 magnífica oleografía

Tenemos el gusto de parti-
 cipar al público en general
 y á nuestros correspondientes
 en particular, que el verdade-
 ro, auténtico y más reciente
 retrato que se ha hecho del
 nuevo Papa Pío X, lo acaba
 de poner á la venta, con éxito
 asombroso, la Casa Editorial
 Maucci, que no ha escatima-
 do gasto alguno, para que la
 oleografía de S. S. resulte
 una grandiosa obra de arte
 que ha de poseer sin duda
 toda familia cristiana.

Este retrato, pintado por
 el notable artista Joaquín
 Diéguez, mide 65 X 90 centí-
 metros, y á pesar de consti-
 tuir un hermoso cuadro de
 valor inapreciable, su precio
 es el ínfimo de **5 pesetas**,
 libre de gastos de franqueo.

Tipografía Maucci, Mallorca 126.—Barcelona.